(que á la sazon era patriarca de Jerusalem, y despues fué cardenal de la santa Iglesia), para que de su parte hablase al Padre General de la Companía, que entonces era el P. Claudio Aquaviva, hijo del Duque de Atri, y le ofreciese su hijo primogénito, que, como él decia, era la cosa más querida y de mayor esperanza que tenia en el mundo, y juntamente supiese dónde queria su paternidad que fuese á tener su noviciado. El Padre General respondió como era razon á aquel recado, y en lo que tocaba al noviciado, dijo que por muchas razones le parecia conveniente que le tuviese en Roma. No es creible lo que Luis se holgó cuando supo esta buena nueva; y en testimonio de su alegría no se pudo contener, que no escribiese luégo una carta al Padre General,38 dándole las gracias por la merced que le hacia; y porque las palabras no podian exprimir la grandeza de su afecto, lo queria suplir con las obras, ofreciéndose á sí mismo y poniéndose á sus piés. Consolóse mucho con esta carta el Padre General, y le respondió que le aceptaba de muy buena gana por hijo, y le aguardaba con mucho deseo de verle en Roma.

Luégo se comenzó á tratar la renunciacion que habia de hacer del Estado, por haber ya (como dijimos) dado el Emperador la investidura de él á Luis; y queriendo el Marqués que le cediese en favor de Rodolfo, que era el hijo segundo, Luis venia en ello de buena gana, con tal que se abreviase y concluyese luégo, y fuese con las condiciones y modo que quisiesen, que todo lo dejaba en manos de su padre, y aprobaba lo que él hiciese; pero que fuese luégo, porque pudiese irse á su Religion. Concluyóse, pues, en esta forma: que renunciase plenamente cualesquier suerte de jurisdiccion y derecho que le podia pertenecer en aquel Estado y en otros cualesquier feudos, que por via de sucesion le podian venir, y que de toda la hacienda se le diesen luégo de contado dos mil escudos para lo que él quisiese, y despues por toda su vida se le diesen cuatrocientos escudos cada año. Ordenada de este modo la renunciacion, se mostró á diferentes letrados, v se consultó con el Senado de Milan, para ver si quedaba peligro de pleito en algun tiempo; y finalmente se envió á la corte del Emperador, para que S. M. la confirmase, porque por ser todo el Estado de estos señores libre imperial, no era válida sin su consentimiento.

Ayudó mucho al buen despacho de este negocio en la corte del Emperador la Serma. señora D.ª Leonor de Austria, duquesa de Mantua, á quien Luis pidió instantemente lo tomase á su cargo, como quien podia y solia de buena gana emplear su favor en semejantes obras. Lo que en esto ayudó, se dice en la Vida que de esta santa señora se imprimió, 39 en la tercera parte, en el capítulo V, por estas palabras: «Sucedió «que un mancebo ilustrísimo, primogénito y marqués, tocado «de Dios, queria dejar el mundo; y no pudiéndole apartar de «este santo propósito, y siendo necesario sacar licencia del «Emperador para renunciar el feudo en un hermano suyo; la «Serma. Leonor, á quien se acudió con esta peticion, enterada «del caso y de la calidad de la persona que trataba de dejar «el mundo, no sólo le animó á no faltar á sus buenos deseos, «pero con el calor posible, escribiendo al emperador Rodolfo su «sobrino, alcanzó lo que se pedia. De lo cual se siguió que «aquel señor cumplió sus buenos deseos; y despues de pocos «años murió religioso, y se fué al cielo á recibir la corona «que habia ganado con la santidad de su vida.»

CAPÍTULO XII.

Y

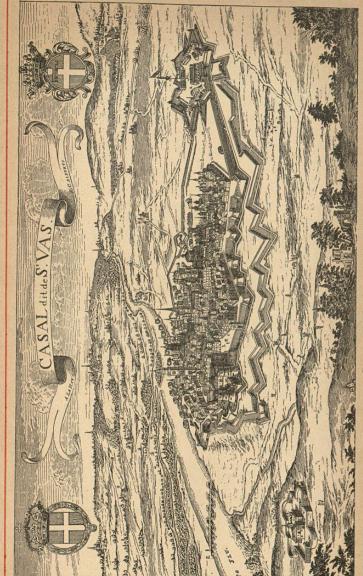
Cômo Luis fué á Milan por causa de algunos negocios, y lo que allí le sucedió.

ientras se aguardaba la licencia de Emperador para renunciar el Estado, se le ofrecieron al Marqués algunos negocios de grande importancia en Milan, para cuyo despacho, por no poder ir él en persona por hallarse tan impedido de la gota, se determinó de enviar á Luis, de cuya prudencia y juicio fiaba grandemente y con razon, porque habiéndole varias veces encargado el tratar negocios graves con diferentes príncipes, siempre los habia tratado y concluido con notable satisfaccion.

Fué Luis á cumplir su obediencia, 40 y hallóse obligado á detenerse en Milan casi ocho ó nueve meses, en el cual tiempo se dió tan buena maña en los negocios, tratándolos con tanta prudencia, que si bien eran harto dificultosos y enredados, al fin tuvieron la salida que el Marqués deseaba. No fué tiempo

perdido para Luis el que estuvo en Milan: porque habiendo, como dijimos, oido la lógica en España, prosiguió en Milan la física en el colegio de Brera de la Compañía de Jesus; y como tenia tan buen ingenio y tan maduro juicio, aprovechóse mucho en aquel estudio. Asistia todos los dias por tarde y por mañana á las lecciones; y si alguna vez le estorbaban sus negocios, hacia que le escribiesen la leccion para estudiarla en casa. En las disputas no sólo asistia, pero argumentaba y defendia como los otros condiscípulos, sin admitir privilegios, ni excepciones de esta materia. En el argüir y defender mostraba la agudeza de su ingenio, pero con tal modestia, que jamás se le oyó palabra menos mirada, ni se le vió señal que oliese á liviandad y orgullo de mozo, ni en accion ni en palabras, como testifica su maestro, antes una compostura tan singular en todo, que le hacia extraordinariamente amable. Oia fuera de eso en el mismo colegio una leccion de matemáticas cada dia, y porque el lector no le dictaba, él por no olvidarse, en volviendo á casa, la dictaba luégo á un criado con tanta facilidad, claridad y puntualidad, que cuando me las mostró el criado que las escribia (y las tenia guardadas todas como por reliquia), yo quedé espantado que nunca se hubiese olvidado de la demostracion, ni variado del número, la medida, el cómputo, los puntos, las líneas y otros términos propios de aquella facultad, que es casi todo lo que allí se dice y escribe. Cuando iba al colegio guardaba grande compostura; su vestido era negro de raja de Florencia y sin espada; por la calle nunca hablaba con los que le acompañaban; iba de ordinario á pié, aunque tenia bastante comodidad en casa, de caballos.

Todo su entretenimiento en Milan era tratar con los Padres de la Compañía, y así buena parte del tiempo que le quedaba de sus negocios, lo gastaba en el colegio, hablando ya con este padre ya con el otro, de cosas de estudios ó de espíritu; y reparó su maestro, que cuando hablaba con religiosos y aun con seglares de alguna autoridad, les tenia tanto respeto, que estaba siempre con los ojos bajos, no mirándolos á la cara sino rara vez. Sus pláticas no sólo eran con los padres ó hermanos estudiantes, sino tambien con los coadjutores, especialmente con el portero de aquel colegio, teniendo por gran favor si alguna vez, mientras iba á llamar á algun padre, le dejaba las llaves, engañándose con aquello, y entreteniendo las ansias que tenia



Casale di Monferrato en 1600. Segun un grabado publicado en la obra «Novum Theatrum Pedemontii et Sabaudiæ etc.» (Hagæ etc. 1726.) (Véase el libro I, cap. 6.)

de verse ya en la Compañía. Sabia que los jueves, cuando no hay fiesta en la semana, se dejan las lecciones, y que solian ir los del colegio á hacer ejercicio hasta una granja, que llaman la Ghisolfa, que está como milla y media fuera de la puerta Comasina: Luis en amaneciendo salia por aquel mismo camino. y haciendo quedar atrás sus criados, se andaba solo por el campo, leyendo algun libro espiritual, ó meditando, ó cogiendo algunas flores en tiempo de primavera, hasta que veia venir por el camino algunos de la Compañía, á los cuales saludaba con gran reverencia, y luégo se iba detrás de ellos poco á poco mirándolos y siguiéndolos cuanto podia, sin perderlos de vista hasta que torcian el camino; tomando tanto gusto en sólo verlos, como si hubiera visto otros tantos Angeles del cielo, juzgándolos por dichosos, por no tener los estorbos que él para servir á Dios. Cuando los primeros llegaban ya á la granja, volvíase por encontrar á otros, y al fin volvia á su casa muy consolado.

Por las carnestolendas íbase cada dia al colegio, por huir de las fiestas é invenciones de aquellos dias, y por hablar de Dios; porque solia decir que sus fiestas eran los Padres de la Compañía, cuva plática le daba más gusto que todos los entretenimientos del mundo; y hablaba de todo aquello con tanto desprecio, que se echaba bien de ver que lo decia de corazon. Un dia de carnestolendas se hacia en Milan un famoso torneo, á que concurrió toda la ciudad, en especial los caballeros mozos, que aquel dia salieron de gala en hermosos caballos ricamente enjaezados, lo mejor que cada uno podia. Luis aquel dia, por hollar el mundo y hacer una pública mortificacion, quiso ir hácia allá; y aunque tenia caballos en la caballeriza, y de ordinario, aunque fuése á pié, le solian llevar uno detrás con su gualdrapa de terciopelo, aquel dia salió en un machuelo (que en Italia se tiene por cosa muy baja), y todo de viejo, con solos dos criados; y de esta manera pasó por las calles donde estaba el concurso de todos aquellos caballeros, que si bien se podian reir de él, él tambien se reia del mundo y sus vanidades: notaron mucho esta accion algunos religiosos que la vieron, y quedaron no poco edificados.

En sus devociones continuó con su estilo ordinario, sin dejar jamás nada de su oracion. Iba con mucho gusto y muy á menudo á visitar los lugares pios, en especial á Nuestra Señora de san Celso, que en aquel tiempo era muy frecuentada

del pueblo, por los muchos milagros que hacia. Todos los domingos y fiestas comulgaba en San Fidel, que es la iglesia de la casa profesa de la Compañía: hacíalo con tanta reverencia y devocion, que edificaba á cuantos le veian, porque parecia que iba vertiendo devocion y santidad. Afirma un Padre, que entonces predicaba en nuestra iglesia, que cuando en el púlpito queria meterse en fervor y devocion, se volvia á mirar á Luis, que siempre estaba enfrente del púlpito, y que con sólo mirarle se hallaba devoto y tierno, como quien ve alguna cosa sagrada. ¡Tanto era el concepto y estima que ya entonces se tenia de su santidad!

CAPÍTULO XIII

Obtenida la licencia del emperador renuncia el Estado; le prueba de nuevo su Padre y sale victorioso.

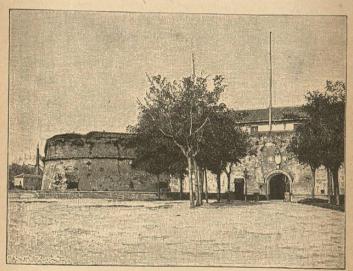
stando en esto llegó la licencia del Emperador para renunciar el Estado. Era ya Luis de diez y siete años cumplidos, y estaba esperando por horas que su padre le llamase á Castellon, para concluir sus cosas, é irse va libre v suelto á gozar el bien que deseaba; cuando se le levantó otra nueva tormenta, que del puerto donde ya estaba le volvió á meter en medio del mar. Porque el Marqués, ó bien que pensase que su hijo, cansado ya de esperar, se habria quizá resfriado de aquellos fervores; ó movido todavía del afecto natural que no le dejaba resolver en dar licencia, ó por otros respetos y fines humanos; al fin se determinó á ir en persona á Milan á dar otro tiento á Luis en este negocio, y hacer que otros se le diesen, y se examinase de nuevo, si esta era ó no era voluntad de Dios. Llegó de improviso á Milan, y preguntó á Luis qué pensaba hacer. Hallóle más firme que antes. Dióle notable pena; mostróse de nuevo sentido y enojado. Despues volvió con blandura á hablarle en este punto, diciéndole que no era él tan mal cristiano, que habia de querer oponerse á la voluntad de Dios con ofensa suya, pero que la razon le dictaba que este más era un humor y tema de mozo, que vocacion de Dios; porque el amor de los padres, que tanto encarga Dios, y otros muchos respetos del servicio divino obligaban á no tomar aquel estado. Tras esto le trajo muchas

Oyóle Luis, y agradeciéndole con humildad el amor y afecto que le mostraba, le respondió: que todas aquellas razones, ó gran parte de ellas, habia ya pensado muy despacio, y echaba de ver la obligacion que tenia; y que á no ser Dios el que le llamaba, tuviera por una grande sinrazon no atender á todos aquellos respetos, y en especial al gusto de su padre, á quien despues de Dios se reconocia sumamente obligado; pero que él no se movia á entrar en religion por antojo ó gusto suyo, sino por obedecer á Dios que le llamaba; y que así debia esperar que este mismo Señor ordenaria las cosas á su mayor gloria, y en bien y provecho de la casa y Estado, porque él no podia presumir otra cosa de la divina bondad.

llenas de dolor y ternura.

→ 75 ↔

Viéndole el Marqués tan firme en este punto, de que aquella era vocacion de Dios, parecióle necesario derribarle este principio, donde se fundaba toda su resolucion, y persuadirle lo contrario, porque todo lo demás era perder tiempo. Para esto procuró que diferentes personas seglares y religiosas le examinasen de nuevo, y le persuadiesen que seria mayor servicio de Dios atender al gobierno de su Estado. Hiciéronlo ellos así, por dar gusto al Marqués, y en diferentes ocasiones cada uno



Casale di Monferrato. Castillo y puerta principal. (Véase el libro I, cap. 6.)

de por sí le hablaron, y pusieron las dificultades de la Religion lo mejor que supieron; y habiéndole probado de mil maneras, quedaron todos tan satisfechos y admirados, que aseguraron al Marqués, que la vocacion era de Dios, añadiendo mil cosas en alabanza de su hijo.

Oyendo el Marqués tantos votos contra su gusto, y todos tan conformes, por asegurarse más de si aquella era la voluntad de Dios, se hizo un dia llevar en una silla (porque la gota no le dejaba ir de otra suerte) á la casa profesa de la Compañía; y haciendo llamar á un cierto Padre 42 que tenia mucho nombre

en aquella ciudad, le dijo, que en cosa de tanto momento como era perder un hijo primogénito y un hijo tal, queria fiarse de su juicio, v tomar su consejo; pero que antes que se le diese, deseaba que en su presencia examinase á Luis en su vocacion, y juntamente le propusiese lo más viva y eficazmente que supiese las razones todas en contrario; porque si esto hacia, él le daba la palabra de hacer lo posible por quietarse. Aceptó el Padre el partido por satisfacer á aquel príncipe, y llamando allí á Luis, le estuvo examinando una hora entera con mucha seriedad, y le puso los argumentos más fuertes que se pueden poner para probar el espíritu de uno, y ver si la vocacion es buena ó no; y en el particular de la Compañía le dijo tanto. y le propuso tan grandes dificultades, cuanto jamás se han puesto á nadie para entrar en ella; y, lo que es más, lo decia con tantas veras, que no parecia que le quedaba otra cosa; de suerte que Luis (como él me contó despues en la Religion) comenzó á sospechar que hablaba de veras. Como tenia tanto concepto de aquel Padre, le dió que pensar por un rato, porque nadie le habia tocado aquellas teclas, ni hablado en aquella materia tan ex propriis, como él decia, como le habló aquel Padre. Con todo esto respondió con tanto señorio, y soltó los argumentos y dudas, no sólo con razones, sino con autoridad de la sagrada Escritura y de los Doctores; de suerte que el Padre quedó no sólo edificado, sino espantado de verle tan bien fundado en su vocacion, y tan versado en la Escritura y en los Doctores sagrados; y así le pareció que debia de haber leido lo que de aquella materia escribe santo Tomás en la Suma: tan propias y ajustadas eran las respuestas y razones que daba. Al fin el Padre maravillado prorumpió con estas palabras: Sr. D. Luis, V. S. Ilma. tiene mucha razon; la verdad es todo cuanto ha dicho, no se puede dudar; yo quedo bien edificado y satisfecho. Que no poco le consoló á Luis, por ver que en lo pasado el Padre no habia hablado de veras, sino sólo por probarle.

El Marqués, enviando á su hijo, confesó que quedaba convencido de que aquella era una grande vocacion de Dios, y luégo se puso á contar la santidad grande con que Luis habia vivido desde niño, y dijo que él no queria impedirle, sino dejarle en buen hora que entrase religioso. Poco despues se volvió á Castellon, y dejó órden que, en concluyendo Luis con

cierto negocio, se volviese tambien para efectuar la renunciacion. Con esto él se dió la priesa posible por concluirle, pareciéndole cada hora mil años, por verse ya fuera del mundo y libre de sobresaltos.

CAPÍTULO XIV.

XI.

Como Luis fué primero á Mantua á hacer los ejercicios espirituales, y despues á Castellon.

legándose ya el tiempo de volver á Castellon, temiéndose Luis, por lo que en Milan le habia pasado, que se levantaria quizá otra nueva borrasca, escribió se levantaria quiza otra nueva borrasca, escribio antes de salir de Milan una carta al Padre General de la Compañía, llena de espíritu y fervor. Dábale en ella cuenta de sus trabajos, y pedíale consejo en lo por venir, y juntamente licencia, para en caso que el Marqués pusiese nuevos impedimentos, ó buscase nuevas largas para entretenerle sus deseos, irse de hecho á alguna casa de la Compañía, va que á todos constaba bastantemente la verdad y bondad de su vocacion. Al Padre General, si bien le tuvo mucha compasion. v le daba gran pena verle en aquel aprieto, no le pareció que era bien romper con el Marqués, efectuando aquel negocio sin su licencia; y así respondió á Luis, que por todos caminos la procurase, porque sin duda esto era lo que convenia á la gloria de Dios, y su bien particular y al de toda la Compañía.

Rindióse Luis á este parecer, y saliendo de Milan antes de ir á Castellon, se fué á Mantua, donde, parte por su consuelo, parte por confirmarse en su vocacion, y armarse contra los asaltos que temia, quiso hacer los ejercicios espirituales del santo Padre Ignacio en el colegio de la Compañía. Era esto por el mes de julio del año de 1585, á tiempo que aguardaban cada dia en Mantua la venida de aquellos señores japónes, que por aquel tiempo vinieron de tan remotas partes á Roma por embajadores, á reconocer y reverenciar la Silla de san Pedro, y besar el pié y dar la obediencia al Sumo Pontífice, vicario de Cristo, en nombre de sus reyes y de todos los cristianos de aquellos reinos. Habian ya hecho su embajada y oficio, primero con Gregorio XIII, que era pontífice cuando llegaron á Roma, y despues con Sixto V,